

Participación de las mujeres

Consagradas en la Iglesia

*Desde hoy me llamarán bienaventurada
todas las generaciones
(Lc , 1,48)*

H. Josefina Castillo, a.c.i

Introducción

“Desde hoy me llamarán bienaventurada todas las generaciones”, es el canto de una mujer, María, que se siente plena porque el Todopoderoso ha hecho cosas grandes en ella y por ella, y las hará mayores con Ella y desde Ella.

María es el prototipo de la mujer consagrada: totalmente volcada hacia la Voluntad de Dios (Lc 1,38); con un futuro incierto que la lleva a ampararse en Dios su Salvador; al llevar a Jesús en su seno se convirtió en altar de eucaristía¹; dispuesta afectiva y efectivamente al servicio de sus hermanos (Lc 1,39); mujer del silencio y de la espera; mujer discreta; valiente a pesar del anuncio de que una espada de dolor atravesaría su corazón (Lc 2,35); humilde y sencilla, en medio de una cultura machista; identificada con los pobres de su pueblo, como lo proclamó en el magnificat (Lc 1,16 y ss.), casta, pobre y obediente. Podríamos sintetizarlo diciendo que María es la llena de Amor.

Nosotras, religiosas del s. XXI, repetimos a diario, como María: el Todopoderoso ha hecho cosas grandes con nosotras y nos sentimos plenas, a pesar de estar en medio de

¹ Cf Ecclesia de Eucaristía, N. 55.

una cultura social y religiosa donde la mujer apenas si empieza a tenerse en cuenta, de saber que no se nos permite colaborar en la toma de decisiones en nuestra amada Iglesia, en la que muchas veces se nos considera como simples empleadas. Pero nuestro rol es insustituible en la construcción del Reino.

Nos sentimos plenas porque tenemos en nuestras manos una responsabilidad propia de la mujer consagrada: nos sentimos amadas por el Padre y por quien amamos, el Hijo; madres espirituales, somos sagrarios que llevan y comparten eucaristía; muchas hermanas viven y acompañan a los más pobres, desplazados, excluidos de la sociedad; nos desvelamos por los enfermos moribundos, abandonados en los hospitales de caridad; enseñamos la Palabra y acompañamos a la juventud en la búsqueda de Dios, desde la educación y la catequesis. En general estamos al lado del indígena, del negro, del campesino, del obrero, de la prostituta, de la madre soltera. Cuántos testimonios heroicos de martirio por estar de parte de los pobres de la tierra. Simplemente nos dicen: “madre, madrecita” ¡Bienaventuradas nos llaman los sencillos de la tierra!

Ruptura del Proyecto de Dios

Si hemos sido hechas a imagen de Dios, igual que el hombre, (Gn 1,27), ¿por qué ha sido tan duro el reconocimiento del

proyecto de Dios en la mujer a través de la historia humana, aún hoy?

Según muchos antropólogos, la mujer en la era paleolítica, era la promotora de la historia. El hombre, transhumante, logra asentarse cuando la mujer, buscando alimento para sus hijos, inicia la agricultura. Pero su instinto materno, como dadora de vida, la fue recluyendo en el hogar y su libertad femenina se transforma en total dependencia del varón². Siendo honestas, hay que reconocer que esto se ha hecho con la complicidad de la mujer. Ella se ha dedicado a conquistar al “ídolo masculino”, llámese esposo o hijo, sometién dosele conscientemente y a gusto, aunque el desbalance humano que originan las diferencias de género sea traumático. Para el hombre ha sido tan desastroso como para ella, porque dejó de proyectar la imagen de Dios, para tener una regresión y convertirse a veces en fetiche de hombre. Ella se redujo a objeto de deseo y de procreación³.

Construir un mañana diferente es responsabilidad, hoy, de nosotras las mujeres. Estamos llamadas a recobrar nuestra propia imagen, valorándonos como la compañera del hombre, igual a él en dignidad, sin querer competir ni intercambiar los roles. Necesitamos acciones concretas de la Iglesia, como estructura, que respalden este proceso reparador de la exclusión que hemos vivido sistemáticamente las mujeres en la historia cristiana. Cuando nosotras hayamos recobrado nuestra dignidad de seres a semejanza de Dios,

² Cf Torres, Mauro, *La mujer gran ausente de la historia universal*, TM Editores, Bogotá, 1966.

³ Cf. Arjona Peragón, *La irrupción de lo femenino*, Revista Conciencia sin fronteras, n. 16.

también el varón recobrará la suya. Quedará reconstruido el proyecto de Dios.

Función y participación de las mujeres en la Iglesia

Siendo la Iglesia una institución humana, es lógico que sus estructuras y comportamientos estén inculturados a la época. Una Iglesia dirigida por hombres, que han bebido una cultura machista, tiene que ser machista. Quitando los inicios del cristianismo, donde las mujeres fueron tan evangelizadoras como los varones, “lo cual supone el reconocimiento de un discipulado de iguales entre varones y mujeres”⁴, la historia de la Iglesia ha silenciado la participación de la mujer, a pesar de ser ella quien ha colaborado más eficazmente en la difusión y sostenimiento de la fe, recordemos el envío de la samaritana (cf Jn 4, 39-42) y el de las mujeres después de la resurrección (Lc 23,54). Sus funciones si están claras: evangelizar desde el testimonio cristiano como madre, hermana esposa, amiga, maestra, enfermera, misionera. Es hermoso que nos corresponda evangelizar con la vida, desde la vida y por la vida, sin protagonismos, pero es doloroso que nos cierren tantas puertas por el hecho de ser mujeres.

No voy a hacer un recorrido del proceso de participación de la mujer en la Iglesia, tratado tantas veces, sino que voy a centrarme en el Documento de Puebla, don-

de el Episcopado Latinoamericano, dejándose guiar por el Espíritu Santo, reconoce públicamente lo que representa para la Iglesia del Continente la presencia de la mujer. Después haré algunos aportes sobre la postura del Episcopado en la Cuarta Conferencia de Santo Domingo, donde se interrumpe el ritmo liberacionista de Puebla, aunque hay magníficos aportes a la promoción de la mujer latinoamericana; y finalmente haré una síntesis de los retos que presenta nuestra Iglesia a la vida religiosa femenina, en el mundo de hoy.

Tercera Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Puebla, 1979⁵

El Documento de Puebla contiene una riqueza enorme sobre la promoción de la mujer, que desconocemos, quizá por negligencia o por comodidad, sobre todo las religiosas, lo cual nos impide rescatar y hacer vigente las Conclusiones de este Encuentro eclesial⁶.

Esta Conferencia reconoce que la marginación de la mujer es consecuencia de atavismos culturales (prepotencia del varón, salarios desiguales, educación deficiente etc.), alejándola de los distintos campos sociales y transformándola en objeto de consumo y explotación [834]⁷.

Añade que la sociedad no se ha preocupado por defender los derechos de la

⁴ Riba de Allione, Lucía, *Mujeres discípulas en el evangelio de Juan: Presencia e igualdad*. Artículo obtenido por Internet.

⁵ Conclusiones, CELAM.

⁶ Conclusiones de la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano, Puebla, NN 834-849.

mujer, ni ellas siempre se organizan para exigir esos derechos. La misma Iglesia da poca valoración y participación a la mujer a nivel de iniciativas pastorales, aunque reconoce el creciente ingreso de ella en todos los campos de la sociedad.

La mujer por sus aptitudes propias debe contribuir eficazmente a la misión de la iglesia, participando en organismos de planificación y coordinación pastoral, catequesis etc. "La posibilidad de confiar a las mujeres ministerios no ordenados les abrirá nuevos caminos de participación en la vida y misión de la iglesia" (845).

Puebla se desarrolla en el momento en que la teología de la liberación ha tomado fuerza en el continente, la cual considera la promoción de la mujer como auténtico "signo de los tiempos". Reclama su presencia en las realidades temporales, para transformarlas (848).

La Iglesia latinoamericana se siente llamada a contribuir en la promoción humana y cristiana de la mujer, ayudándola así a salir de situaciones de marginación en que puede encontrarse y capacitándola para su misión en la comunidad eclesial y en el mundo.

En las opciones por la construcción de una sociedad pluralista, aboga por "la responsabilidad insustituible de la mujer, cuya colaboración es indispensable para la humanización de los procesos transformadores, como garantía de que el amor es una dimensión de la vida y el cambio y porque su perspectiva es insustituible para la presentación completa de las

necesidades y esperanzas del pueblo" (1219).

Cuando se supone que la situación de la mujer en la Iglesia de América Latina cambiaría a partir de Puebla, hoy ¿nos sentimos más valoradas por el clero y los laicos comprometidos, o más bien nos sentimos utilizadas? ¿Creemos que en la Iglesia Latinoamericana continua la prepotencia del varón sobre la mujer? ¿Sentimos que se nos han abierto muchas puertas en el campo apostólico? ¿Reconocemos que nuestra Iglesia se ha preocupado específicamente de la defensa de los derechos de la mujer consagrada? ¿Creemos que la promoción de la mujer es considerada en la Iglesia como auténtico "signo de los tiempos"?

Yo diría que en muchos casos sí nos sentimos valoradas, que se nos han abierto campos nuevos de evangelización, que muchos obispos y sacerdotes se están preocupando por la defensa de los derechos de la mujer y que muchos reconocen como verdadero signo de los tiempos la promoción femenina. Pero qué lejos estamos de que todo esto sea una realidad eclesial generalizada. Qué lejos estamos de una vida religiosa femenina que lucha por su liberación, como mujer, dentro de su mismo Instituto y de la Iglesia, porque muchas se sienten llamadas más a la conservación y mantenimiento de las tradiciones que a responder a los retos de un mundo cambiante. Qué lejos de una vida religiosa femenina consciente de sus valores y fortalezas, de las posibilidades y oportunidades que la misma Iglesia le ofrece y ella no aprovecha.

IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Santo Domingo, 1992⁸

Santo Domingo reconoce que hay un crecimiento en la conciencia de la igual dignidad de la mujer y el varón, tanto en la sociedad como en la Iglesia, pero que es más teórica que práctica⁹. Y lo confirma al concretar su papel “como madre, defensora de la vida y educadora del hogar” (105), sin insistir en su misión como discípula de Jesús, evangelizadora, misionera, teóloga, profesional, política, líder comunitaria, organizadora social en medios populares, en fin, la mujer que hoy presenta la sociedad civil.

Con todo, Santo Domingo retoma de las Conferencias anteriores algunos compromisos pastorales, muy válidos para la promoción humana y cristiana de la mujer:¹⁰

Denunciar los atropellos a las mujeres latinoamericanas.

Promover la formación integral para que se de una verdadera toma de conciencia de la dignidad común del varón y la mujer.

Anunciar proféticamente el ser verdadero de la mujer, sin reducirla a modalidades culturales transitorias.

Crear nuevos espacios y símbolos que rescaten el valor de cada persona.

Desarrollar la conciencia de los sacerdotes y dirigentes laicos para que acepten y valoren a la mujer, no por lo que ellas hacen sino por lo que son.

Fomentar una actitud de análisis crítico ante los medios de comunicación sobre los estereotipos que éstos presentan de la feminidad.

Discernir a la luz del evangelio los movimientos que luchan por la mujer, para potenciar sus valores.

Iluminar lo que pueda parecer confuso y contrario a la dignidad humana.

Anunciar lo que el evangelio significa para la mujer y descubrir los rasgos que la vocación femenina aporta al plan de Salvación.

Poner en práctica programas de educación para el amor y educación sexual en perspectiva cristiana y que las relaciones entre el varón y la mujer sean interpersonales, basadas en el mutuo respeto y aprecio, el reconocimiento de las diferencias, el diálogo y la reciprocidad.

Promover la presencia de la mujer en la organización y animación de la Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe.

Quando trata de la vida consagrada¹¹, hace un auténtico retrato de la mujer: “Ella se

⁷ Los numerales entre paréntesis corresponden a la numeración de los documentos tratados.

⁸ Conclusiones, CELAM.

⁹ El subrayado es mío.

¹⁰ Documento Santo Domingo, NN 107-110.

¹¹ Conclusiones Santo Domingo, N 1.3.3.

encuentra frecuentemente en los lugares de misión que ofrecen mayor dificultad y es especialmente sensible al clamor de los pobres. Por eso es necesario responsabilizarla más en la programación de la acción pastoral caritativa [90].

Si de documentos se tratara, podríamos decir que ha habido un gran avance en el imaginario de la mujer en la Iglesia. Pero como afirma la misma Conferencia, es más teórico que práctico. Es verdad que se avanza, pero lentamente; el problema es que los cambios sociales son muy veloces y pareciera que siempre llegamos tarde. No se trata de imposibles. Lo importante sería que los ministros de la Iglesia, los laicos y las propias mujeres pusiéramos en práctica lo que tanto se ha discutido y está bellamente plasmado en unos documentos.

¿Qué pasó entre Puebla y Santo Domingo? Sencillamente son dos Conferencias que ven la promoción de la mujer desde ángulos diferentes: Puebla la ve desde un proceso de liberación, desde la comunión y participación, en medio de las tensiones creadas por la teología del momento y, Santo Domingo la ve como promotora de la evangelización, en un mundo post-moderno, donde la mujer está abriéndose camino en todos los campos, o sea desde la acción pastoral; pero se capta el miedo a “alargar las riendas” y que ellas se crean falsas expectativas, entrometiéndose en un campo que no les corresponde. El documento va más a proteger que a liberar a la mujer consagrada. Han cambiado los tiempos.

Perspectivas para la Vida Religiosa femenina hoy

Como vemos, la Jerarquía ubica a la mujer como colaboradora pastoral, desde el hogar. La religiosa, de manera análoga, evangeliza desde lo cotidiano, en la educación formal, la catequesis, la misión *ad gentes*, la parroquia, las asociaciones barriales etc.

Pero la realidad nos hace ver otro panorama: hoy, gracias a los cambios sociales, a los aportes de Puebla y Santo Domingo, se nos abren campos muy diversos, pero que exigen mayor formación teológica, profesional, dedicación al servicio pastoral, con “peligro” de la vida comunitaria, -entendida como “quehacer común”-, capacitación tecnológica, conocimiento de áreas antes descuidadas, como la política, la economía, sobre todo la economía alternativa, cooperativismo, psicología y otras. Estas exigencias reducen la posibilidad de participación de muchas religiosas, porque en la mayoría de nuestras instituciones falta apertura, decisión de cambio, mirar más hacia el futuro que a las tradiciones conventuales, más formación, conocimiento de los cambios tan radicales y rápidos de la sociedad, yo diría, cambio de mentalidad. Seguimos dependiendo demasiado de los varones.

Por otra parte, en varios países de América Latina encontramos hoy estupendas teólogas, en cátedras universitarias, religiosas médicas atendiendo en hospitales de lugares inhóspitos, religiosas al frente de comunidades indígenas y negras, defendiendo sus derechos, trabajando en

los MCS, al frente de las organizaciones populares, en fin, mujeres valientes que le han apostado todo al servicio del evangelio y del pueblo. Pero no es suficiente.

Sostengo que el gran reto de la vida religiosa femenina, hoy, está en su formación, que la capacite para evangelizar en una sociedad *ligh*, que tiene unas creencias religiosas ambiguas, sentimentaloides y mágicas; que vive desconcertada ante tantas normas que creía verdades teológicas; donde cada vez hay menos credibilidad en la Iglesia Institución; donde se va realizando un cambio profundo en las convicciones éticas y morales —todo es permitido—; que se dejas impactar por la falta de identidad de género, cada vez más generalizada, así sea para estar “*in*”; un modelo de familia diferente, donde el niño/a inicia su vida en terrible soledad; una cultura que se centra en la economía de mercado; un mundo amenazado y sin horizontes claros, y en medio de todo un ansia profunda de infinito.

Aunque los documentos de Puebla y Santo Domingo piden al clero que ayude a la promoción de la mujer, en muchos casos ellos no ven con buenos ojos a la religiosa de avanzada y comprometida. Nuestro mejor aporte a la Iglesia es reconocernos por lo que somos y expresarlo, para que nuestros pastores, presbíteros y laicos comprometidos en la evangelización, e incluso las religiosas con mentalidad patriarcal, asuman que la irrupción de lo femenino en el mundo, es lo más impactante y transformador de nuestro tiempo. Además que comprendan que este es un proceso irreversible.

Quisiera terminar compartiendo una experiencia que tuve hace varios años en una vereda perdida en las montañas de Panamá. Quince jóvenes y dos Hermanas partimos para una misión, como preparación a la Navidad. Encontramos a los pobladores divididos, pues las dos familias pudientes tenían rencillas entre sí. La misión tenía como meta trabajar por la reconciliación y con ese fin preparábamos la catequesis de niños, jóvenes y adultos. Como los campesinos tenían que esperar mucho tiempo para recibir los sacramentos, por falta de sacerdote, decidimos hacer una celebración donde cada persona arrepentida llevaba un cirio encendido, pedía perdón a Dios, a la comunidad y a la persona ofendida.

Sorpresivamente el jefe de familia de los González¹² se acercó al padre de los García y pidió perdón por no colaborar en sus iniciativas. Luego el señor García hizo lo propio con el señor González y su familia. Se intercambiaron los cirios encendidos y todo el pueblo quedó en silencio. Poco a poco se fueron levantando mujeres pidiendo perdón a sus suegras, esposos e hijos y las siguieron los varones y los jóvenes. El problema era que todos querían la absolución y no había sacerdote. Me decían: “madrecita, usted nos puede dar la bendición”. Les aclaré que el perdón ya se los había otorgado Dios y como en ninguna parte está prohibido bendecir, los bendije. Algunas familias habían necesitado más de dos horas caminando para llegar a la ceremonia.

¹² Los nombres son ficticios por respeto a la intimidad de las personas.

Al regresar a Panamá visité a Mons McGrath, nuestro Obispo y le conté lo ocurrido. Cómo gozó sobre todo con la bendición a la gente. Me decía: “todos podemos bendecir, todos tenemos que bendecir. Bendecir no es privilegio del clero. Jesús bendijo muchas veces al pueblo y no era sacerdote”.

Fue una fuerte experiencia de la confianza que tiene el pueblo en las religiosas. También del sentido de la bendición, como liberación, salvación, presencia de la misericordia divina, sentido de cuerpo eclesial y de fraternidad. Mi mente voló hasta las primeras comunidades cristianas. Me dejó la convicción de que estamos llamadas a bendecir y a ser bendición para las personas que lo necesitan. Por eso somos bienaventuradas.

Nuestra fuerza está en el testimonio personal de discípulas de Jesús, al servicio de los más necesitados y eso lo podemos hacer todas. Mujeres de oración y sencillez de vida, de riesgo y perseverancia, mujeres de esperanza que llevan el men-

saje de Jesús en sus corazones y en sus labios.

No tenemos que esperar el cambio de mentalidad de la Iglesia patriarcal, de cristiandad, a la Iglesia sacramento de comunión, servidora, misionera¹³, somos nosotras las que tenemos que prepararnos, formarnos¹⁴, de manera que no se nos siga considerando como “menores de edad”, sino miembros activos, discípulas de Jesús en el s. XXI, transparentando su misericordia¹⁵, al lado especialmente de los pobres¹⁶ y también al servicio del pueblo.

Un documento muy elocuente del CELAM dice: “Juzgamos desde el punto de vista pastoral, que la promoción de la mujer a ciertos grados ministeriales constituiría una elocuente actitud profética en la sociedad latinoamericana, en la que rige aún una notable desigualdad entre hombres y mujeres”¹⁷.

“No es hora de pensar en lo que hiciste. Piensa en lo que puedes hacer con lo que tienes” (*Esneet Hemingway*).

¹³ Cf Parra, Alberto S.I. Hacer Iglesia desde la realidad de América Latina, Ed Paulinas, 1988, pg 82.

¹⁴ Cf Vida Consagrada N. 71.

¹⁵ Cf Vida Consagrada N. 22.

¹⁶ Cf Dussel, Enrique, La Iglesia Latinoamericana de Sucre a Santo Domingo, Ed. CEHILA, CONFERPAR.

¹⁷ La Iglesia y América Latina. Aportes pastorales desde el CELAM, Tomo II, pg 803.